

está ahí cerca, un joven cuyo semblante se ilumina con una luz desconocida para mí hasta entonces. Ese joven fué separando con los dos brazos á los malvados y, sin matarlos ni siquiera herirlos, ruedan por tierra todos ellos. Al momento vuelvo á la vida, como si acabara yo de salir del sepulcro. Me quedo contemplando á aquel salvador tan inesperado, y no sé qué pensar de él, de él, que me toma de la mano, pareciéndome en ese instante que mi cuerpo despréndese de la tierra.

Oprimo con mi mano la suya amiga que me arrastra. ¿A dónde voy? ¿Qué es de mí? Los árboles del bosque abren sus ramas para darme paso. ¿Estoy soñando? ¡No! Ahí está, á mi lado, el misterioso joven blanco, sin soltarme de la mano; pero ya mis pies no se apoyan en nada sólido, sino que subimos y más subimos á través del aire.

Fijo la vista hácia abajo. . . . ¡Oh! en ese momento nos hallamos á una enorme altura. Allá abajo, el Sol va declinando hácia el horizonte. Yo no pierdo la confianza en aquel mi guía que me sonrío con aire impregnado de bondad; pero me infunde pavor el vacío, por no estar acostumbrada aún á las sensaciones tan extrañas de una excursión aérea. ¡Era la primera vez que se me descubría lo sobrenatural! . . . Y vaya un dato curioso: á medida que disminuyen de volúmen, á mi vista, los objetos terrestres al ir alejándose de mí, los distingo más y más claros, con colores cada vez más vivos.

Sin embargo, paréceme que estoy viviendo otra

vida, una vida completamente nueva. Hierve mi sangre en las venas, y, poco despues, vuelve á su natural calor; me arden las manos, y despues las siento frías. Invade todo mi sér una especie de languidez. Llega por fin un momento en que ya nada veo, en que todo se me nubla, aunque distingo á mi compañero, y siento en el cuerpo algo como un rocío húmedo que proviene de que vamos atravesando por una nube. Un momento despues, dejamos esa nube á nuestros pies como una mancha gris que intercepta una parte de la campiña terrestre y que progresivamente va disminuyendo allá abajo.

Otra rareza más: siendo la Tierra, como lo es, redonda, se creerá que la parte que veo de ella ha de parecer convexa. Pues, no es así: todo lo contrario, el efecto que estoy mirando semeja un mantel de extensión indefinida, y cóncavo, en el cual veo aplastado cuanto queda directamente bajo nuestros piés, y lo que más léjos, á la derecha, á la izquierda, hácia adelante ó hácia atrás, tiene el aspecto de bordes ó cantos de mayor elevación que lo demás, pero sin que sean cantos ó bordes.

No puedo sin estremecerme pasear la mirada por aquel inmenso panorama donde los ríos aparecen á mis ojos como cintas de plata. ¡Qué aspecto tan maravilloso! . . . Absorta estoy; pero me pregunto con pavor qué sería de mí si me soltara de la mano mi compañero.

Este leyó en mis ojos aquel temor, y:

—Nada temais, me dijo; ningun peligro correis, miss Diana.

Mi admiracion crece por momentos. Y pues que me habla, yo tambien me atrevo por fin á hablarle.

—¿Sabeis cómo me llamo? le pregunto.

—Ya lo veis, miss; y vuestro nombre es para mí el más querido de todo nombre humano.

—¿Pero quién sois vos? . . . Yo os toco, os siento, para mí teneis todas las apariencias de un hombre. . . . ¿Por ventura, sois uno de aquellos Magos de que me suele hablar mi padre?

—No, miss, no soy Mago. . . . Pero no os debe preocupar mi naturaleza; quien quiera que sea yo, soy vuestro protector.

Y diciendo esto, inclina la cabeza y me besa respetuosamente la mano de que me tiene asida.

En seguida me pone el dedo índice en la frente y al punto se me cierran los párpados por sí mismos. Quiero seguir hablando, y no puedo, sin embargo de no estar dormida; pero tengo bien cerrados los ojos, y bien cerrada asimismo la boca. De repente llegan á mis oídos los ruidos que proceden de la tierra, débiles, pero muchos de los cuales claramente distingo, como los ladridos de los perros de las cabañas. Poco despues, nada oigo.

Sólo dos sentidos son los que continúan funcionando en mí: el olfato y el tacto. Me encanta y embriaga un perfume de los más gratos. . . . Díjese que estoy respirando entre frescas y olorosas rosas que embalsaman el aire con su exquisito aroma. En ese momento no me siento ya cogida de la mano, sino que estoy en brazos del mis-

terioso jóven, quien me está arrullando como una madre arrulla á su hijo.

Esto dura mucho tiempo, mucho. . . .

Por fin, despiértome de aquel sueño que absolutamente era sueño. Por mejor decir, vuelvo á abrir los ojos, la lengua se me desata y percibo todos los sonidos del exterior. ¡Me hallo en mi cama, en mi recámara de casa! Allí, junto á mí, todavía el jóven, que me veía y me sonreía, y mi padre arrodillado á los pies de aquel desconocido que había sido mi salvador.

Me toco y me pongo á reconocerme el cuerpo: ninguna huella me encuentro de los golpes que hubiera podido recibir de los negros.

—¡El te salvó, y te curó, y te trajo aquí, me dijo mi padre! ¡Da gracias al Dios Bueno, que le envió para que te socorriera! ¡Gloria á Lucifer Altísimo y el más alto!

Fijo el oído para escuchar, y miro todavía, maravillada. Sonríeme por la vez última, con una sonrisa llena de ternura, mi salvador, y desaparece, sin darme cuenta yo de por dónde, ni cómo desapareció.

Habrán quienes digan quizas que fui víctima de una ilusion; mas ¿cómo sostener que aquello fué un caso de alucinamiento?—Que habré padecido algun vértigo al estar estropeándome los negros; que en eso casualmente había acertado á pasar por el sitio del acontecimiento algun blanco que consiguió dispersar á aquella canalla, pues, manejado con energía muchas veces tiene la razon un

buen garrote; que apenas he de haber vislumbrado á aquél lo bastante para conservar la memoria de su intervencion y del éxito que consiguió, cuando caí en mi entorpecimiento; que ese entorpecimiento no ha de haber sido tal, que no me haya dejado sentirme transportada en brazos de otro; que, excitado el cerebro, habré tenido un sueño extravagante, un sueño de un viaje por los aires, debiéndose todo á pura imaginacion durante un delirio; que me habrá salvado y llevado á Mauford algun individuo que me haya reconocido y sabido quién era yo y á quien apenas haya visto de nuevo en el momento de volver en mí; que por no tener todavía muy clara la vista, en aquel momento se me había figurado lo de la desaparicion del jóven, como el haber visto arrodillado á mi padre, etc., etc.

Contestacion:—Si álguien me hubiese salvado así y transportado á casa de mi padre por medios completamente humanos, habría vuelto aquel hombre á informarse de mi salud, cuando ménos una vez al otro día. Mi padre le hubiera hecho alguna invitacion, le habría manifestado su gratitud por cualquier acto de cortesía humana ántes de habernos separado de Mauford: que todo esto le debía no sin justicia al salvador de su hija.

Pues bien: á los cinco meses volví á ver á mi salvador, que de nuevo me sacó de otro peligro.

Iba yo de paseo, completamente sola como la otra vez, por un llano de los alrededores de Louisville, jinete en *Paragram*, un buen kentocke pu-

ro, de nuestra mejor raza americana. *Paragram*, en lugares á propósito para correr, hacía como nuevo sus cuatro kilómetros en seis minutos. De hermosa estampa, á pesar de su robustez, fuerte y sufrido, aunque fogoso; impaciente y voluntarioso á veces, no por eso era espantadizo.

Me gusta galopar largo, y como contaba yo aquella vez con suficiente espacio, solté la rienda á mi caballo dejándole que corriera á sus anchas y azuzándole con la voz, cuando hé aquí que al pasar por un punto de donde salió saltando un coqualin al que habíamos ido á turbar en su sueño, espántase *Paragram*, por momentos veo que no soy dueña de contenerle. Por más que hago para conseguirlo, es imposible. Ni me oye, ni siente ya el freno, que moja con blanca y humeante espuma. Corre y más corre con vertiginosa y loca impetuosidad, llevando la direccion del Ohio, con peligro inminente de caernos allí los dos.

Siento que pierdo la cabeza en aquei instante. ¿Qué va á ser de mí? . . .

Entónces se me aparece el jóven de Mauford, y lanzándose hácia mí sin tocar la tierra, corre, vuela, con la misma rapidez que *Paragram*, toma la rienda con una mano y con la otra le acaricia para ir calmándole poco á poco, sin dejar de seguirle lado á lado, cual si llevara las alas de Mercurio en los pies.

Mi caballo se detiene por fin, completamente segado, demostrando con los ojos estar pacificado y se pone á relinchar de gusto como cuando le

van á sacar de la caballeriza. Cualquiera hubiese jurado que no había pasado incidente alguno. El animal estaba mas fresco y dispuesto que cuando salió.

Yo estaba estupefacta.

—Querida miss, me dijo mi protector; feliz me siento con haberos sido útil. Pensad en vuestro amigo de cuando en cuando, que su afecto ve la por vos. Yo estaba dulcemente emocionada.

—Puesto que no queréis descubrir vuestra naturaleza, decidme cuando ménos cómo os llamais.

—No; todavía no, porque mi nombre os haría conocer mi naturaleza. Tened confianza, que yo no quiero sino vuestro bien, y día vendrá en que sepais el destino que á los dos nos une.

Y desapareció dejando tras sí aquel perfume de frescas rosas acabadas de abrir, que tan gratamente respiré en los aires la primera vez que me llevó allá, en brazos.

¿Qué debo pensar ahora de todas estas cosas?... Bien cierta estoy de no haber padecido ninguna alucinacion. Ninguna comparacion hay que hacer en cuanto á salud, entre mí y aquellas mujeres valedudinarias que sirven para sus experimentos á los médicos materialistas y de las cuales, como perfecto tipo, ahí esta aquella Rosa de la Salpêtrière, á quien tan minuciosamente estudió el Dr. Bataille despues de un eminente teólogo (M. el Abate Meric). Intelectual y físicamente, soy yo todo lo contrario de Rosa y de las demás. Pues bien, aseguro que ví, y en verdad que ví.

Durante el tiempo que permanecí imbuida en el error atribuía yo á algun maleakh el accidente de *Paragram*; que, en cuanto á la agresion de los negros, no la suponía obra directa de Adonai. Pero cuando el Demonio, que dos ocasiones se había mostrado mi salvador, me dió á conocer su nombre y su naturaleza, creí sin género de vacilacion. Despues de eso, en estos últimos tiempos, cierto eclesiástico me ha dado su parecer de que tal vez eran demonios los negros aquellos que hicieron su papel en la infernal comedia, así como que, quizás tambien, algun demonio se introdujo en *Paragram* para desbocarle, todo, con el fin de dar al que se decía sobrenatural protector mío el medio, ó mejor dicho, el pretexto de prestarme uno de aquellos servicios que nunca es posible agradecer debidamente como lo merecen. ¿Está en lo cierto ese eclesiástico en su hipótesis, ó fueron hechos naturales, así la agresion de los negros como el desbocamiento de *Paragram*?... No lo sé; pero en todo caso, poco me da el saberlo. La verdadera cuestion está en esto: la intervencion del Demonio, acechándome y provocando á la vez mi admiracion y mi gratitud, por haberme sacado del peligro en circunstancias como las referidas.

Es innegable que, dado el grado de educacion en que me hallaba por aquel entónces, debía fatalmente conservar una impresion definitiva, indeleble, de aquellos dos sucesos extranaturales en que había yo servido de instrumento pasivo. En-

tónces fué, efectivamente, cuando mi padre y mi tío pusieron mayor empeño en hacer realzar á mi vista todo lo maravilloso, todo el magismo que brilla en la existencia de Tomás Vaughan. Hasta la edad de diez y seis años se me estuvo preparando cuanto fué posible, y desde 1880 hasta 1883, se completó mi instruccion luciferiana poniéndoseme en las manos y explicándoseme el *Apadno* y demás infernales libros.

Algunos escritores, tanto de los Estados Unidos como de Europa, que han estado publicando en estos últimos años ciertas noticias relativas á mí, citan las fechas de mi ingreso y de mis ascensos en la Masonería oficial, y expresan admiracion por la rapidez con que tuvieron lugar esos ascensos.

Nada hay de asombroso en esa rapidez, si se atiende á mi educacion y se tiene presente que mi padre era el presidente y fundador del Perfecto Triángulo *The Eleven-Seven* (los Once Sietes), al Oriente de Louisville. Destinada como lo estaba yo desde la edad de siete años al Paladismo, desde que se fundó, no debía en consecuencia pasar por la Masonería de Adopcion, si no era por mera formalidad, puesto que es regla rigurosa en los Estados Unidos llamar para los Triángulos exclusivamente á las Hermanas que tengan ya el grado de Maestra (3er. grado).

Y véase bien la prueba de que aquello no fué más que por acatar los reglamentos: recibí los tres primeros grados de Adopcion, no en una lo-

gia⁷ andrógina cualquiera, de Louisville ú otra poblacion del Estado, sino en tenuta extraordinaria de la Gran Logia de Kentucky. Todo se limitó, en cada grado, al exámen oral, como puede verse por las actas relativas.

Aquí no tengo más que mencionar las fechas publicadas por los escritores que se ocuparon de mí en el tiempo en que por primera vez me rebelé contra Adriano Lemmi, pues aquellas fechas son exactas:

Fué iniciada Aprendiz Masona, el 15 de Marzo de 1883 (de diez y nueve años de edad); Compañera, el 20 de Diciembre de 1883, y Maestra, el 1^o de Mayo de 1884.

Reservada para la Alta Masonería por decreto de Alberto Pike, no frecuenté las Logias ordinarias de Adopcion; de modo que hasta cierto punto, entré en los Triángulos á pie llano. Muy natural era que los *Once Sietes* fueran los encargados de darme la iniciacion paládica, y diéronmela en efecto en 1884.

Empero, ántes de eso tuvo lugar un acontecimiento maravilloso en el Triángulo que fundó mi padre.

El día del vigésimo aniversario de mi natalicio, ó sea el 29 de Febrero de 1884—pues plugo á la caprichosa suerte disponer que viniera yo al mundo en igual fecha, segun el calendario gregoriano (1)—manifestóse en la reunion de los *Once*

(1) De ahí el apodo de *Hermana Bisextil* con que algu-

Sietes, en Louisville, el demonio que dos ocasiones me salvó la vida.

Aquel episodio, extensamente referido por el Dr. Bataille, es uno de tantos acerca de los cuales ninguna rectificación tengo que hacer (excepto en cuanto á la fecha, error de un día); pues otros hay relativos también á mí, en que no anduvo muy exacto el Doctor. Cuando, hará tres años, leí la relación que traía el *Diablo en el siglo XIX* (entrega 9ª), me molestó en extremo el tono burlesco empleado por el narrador al hablar de aquella manifestación de que estaba yo tan orgullosa, y no dejaba yo de guardarle cierto resentimiento; puesto que para mí, era verdadera blasfemia burlarse de mi demonio protector. Quemé encolerizada varios ejemplares de aquella obra, y por ello le doy mis excusas al escritor.

Era inaudita mi ceguera. ¡Cómo conozco hoy cuánta razón tenía el buen Doctor!.....

Tal como los refirió él, tuvieron lugar los hechos en aquella sesión triangular; habiéndolos presenciado una amiga mía, gran lugarteniente que era en Louisville en 1884, actualmente casa-

nos me designaban en los Talleres, por modo de chanza más ó menos ingeniosa.—*N. A.*

A este respecto, dice M. Margiotta en la obra ya citada: «..... El hecho de haber nacido en París el día 29 de Febrero de 1864, es para ella, (miss Diana) motivo de repetidas bromas que ella misma emplea, por no ser muy común esa fecha, que sólo siete ocasiones le ha dejado festejar el aniversario de su natalicio, siendo así que hoy tiene treinta años de edad.....»—*N. T.*

da con un notable industrial del Lancashire y retirada ya del Paladismo. (1)

El diablo que se apareció aquel día, declaró ser Asmodeo, diciendo que era el que mandaba catorce legiones, y, haciendo una relación del combate que había sostenido con los maleakhs, en el que se proclamó vencedor, depositó á los pies del

(1) Aprovecho este recuerdo que hago de mi ex-Hermana dimisionaria, pero no convertida al catolicismo, para decir una vez más á mis nuevos amigos que es menester no ennegrecer mucho las cosas. Indudablemente, rarísimas son las excepciones irreprochables con respecto á la honradez; mas no soy yo el único ejemplar que se podría citar.

En el Triángulo los *Once-Sietes* no se profanaban las hostias, por lo ménos mientras vivió mi padre, que fué su primer presidente y quien no creía en la presencia real. Su sucesor mandó una sola vez apuñalar las Sagradas Especies. Tratábase de una recipiendaria educada en la religión católica, y el Hermano N. P., que participaba de la opinión de mi padre, dijo á la joven que aun cuando la hostia no era más que pan, para dar una prueba de que completamente había dejado la superstición, debía ella, la joven, expresar su desprecio al sacramento eucarístico, ó apuñaleando la hostia, ó arrojándola al fuego. Aquella mujer descargó una puñalada sobre la forma, diciendo á la vez que deseaba ver cómo corría la sangre; y como no se efectuó el milagro, se echó á reír é insultar á la hostia. La infeliz estaba medio loca.

Mi ex-Hermana y amiga, de Louisville, que vive hoy en Inglaterra, me escribió hace un mes [*] diciéndome que se había retirado del Paladismo cuando el hijo N. P., que substituyó á su padre en la presidencia de los *Once-Sietes*, quiso hacer obligatoria la prueba del Pastos. Mi citada amiga pertenece al número de las Masonas paladistas que no han salido manchadas y á quien el matrimonio obligó á dejar Kentucky. Pedíame en su carta que le diese algunas explicaciones acerca de mi conversión, confesándome que ambas habíamos vivido en un gran error, pero que para ella la verdad estaba en el protestantismo, y concluyendo con encomendarse á mis oraciones. Yo la recomendé con mis lectores y lectoras.

En cuanto al Triángulo *Phébé-la-Rose*, del cual fui gran maestre en Nueva York, no tengo para qué decir que en él no se practicaban ni el Pastos ni las profanaciones. Otros hay en el mismo caso.

(*) Miss Diana escribe esto en Marzo de 1896.—*N. T.*

Baphomet, como prueba de ello, una cola de leon, que dijo haber cortado en la batalla á un flavo que servía de montura al «maleakh Márcos.» Esa pretendida cola del leon de San Márcos fué desde entónces y por espacio de siete años el talisman del Triángulo *los Once-Sietes*.

El objeto era en realidad cola de leon, y lo notable estaba en que nunca llegó á secarse y siempre se conservó flexible, si bien inerte. Se le mandó hacer un cofre magnífico para guardarla.

—Desde este momento queda especialmente consagrado á mí este templo, dijo Asmodeo. Este despojo del enemigo es la señal de mi amistad con los *Once-Sietes*. Conservad como preciosa reliquia esta cola de leon adonaísta, cola en la cual, á fin de que jamás pueda volver á juntarse con el cuerpo de que la separé, he colocado á Bengabo, uno de mis legionarios. Inmóvil permanecerá él aquí hasta el día en que habré de intervenir para hacer patentizar mi omnipotente favor á una vestal que destino para vosotros.

La vestal á quien aludía el diablo era yo, y así lo comprendieron los jefes del Triángulo. Mi padre sabía que aquel Asmodeo y mi protector eran uno mismo; pero se me dejó ignorar su nombre, y no se me dijo lo que había acaecido en el seno del taller paládico. Por los datos que hoy mismo acabo de dar, se habrá visto cómo fui recibida Maestra á las seis semanas de aquel acontecimiento.

Finalmente, en 28 de Octubre del propio año

de 1884, fui llamada á los *Once-Sietes* para recibir el grado de Caballera Electa Paládica, primer grado femenino del Rito Supremo.

La iniciación desde el primer capítulo es satánica, sin embargo de lo cual nada hay ella que deje entrever los misterios del siguiente grado. Entónces era yo luciferiana de corazón; acababa de dar mi educación sus frutos. Mi padre, que presidió mi recepción, triunfaba en aquel momento. Cada respuesta que daba yo á las preguntas que se me hacían, era saludada con entusiastas y atronadores aplausos. Altos masones, correspondiendo á la invitación del Triángulo, habían ido, procedentes aun de lejanos lugares y de diversas nacionalidades, entre otros, los delegados de Charleston y multitud de miembros de la colonia francesa de Nueva Orleans.

Inmensa era mi alegría. Parecíame, que demonio encarnado, declaraba yo la guerra á Adonai desde aquel momento, provocándole á un combate singular.

¡Oh! ¡Cuán léjos estaba mi pensamiento de la iniquidad, tan vergonzosa como abominable; que mucho tiempo después descubrí en el Paladismo!

Prueba de ello era la interpretación que dí á la contraseña de aquel grado, la cual era ésta: *Lázare, surge!* (Lázaro, levántate!) En esa contraseña, ví simbolizada la resurrección del pueblo dormido en el sepulcro de la superstición, despertado por el rayo de Baal-Zebub; proclamando

á Lucifer Dios-Rey y levantándose contra Adonai el Bárbaro.

Al día siguiente, mi padre daba un espléndido banquete á buen número de amigos, y era yo la reina de aquel festin. La compañía que más me deleitaba era la de nuestros amigos neor-landeses. Ya para agradarles como para demostrarles que la lengua francesa, ó sea el idioma de mi madre era en la que con más gusto me expresaba yo, improvisé aquella diabólica poesía, *Resurrección*, que se imprimió cuando andaba yo en mis errores. Imposible que la reproduzca yo aquí; llenaría de profunda tristeza al lector católico, y haría estremecerse á las almas. Pero se publicó, vuelvo á decir, y lleva con toda exactitud la fecha: *29 de Octubre de 1884. (Louisville.)* Los eclesiásticos que ya la conocen podrán decir que únicamente se apoya en el error de mi educacion, que es blasfema, sí, pero que no asoma en ella ninguna idea grosera.

Adelanté la iniciacion de Maestra Templaria, puesto que hasta ese grado es cuando se pronuncia el nombre de Lucifer. Ya me había yo revelado perfecta iniciada desde el primer grado paládico; pero absolutamente me había formado idea de toda la extension del mal.

Mi tío no pudo asistir á mi recepcion, por haberle impedido trasladarse á Louisville un desagraciado ataque de gota y concurrir á aquella reunion de interés tan directo para él y que con tanto gusto había estado aguardando. Empero,

mi padre no quiso contentarse con escribirle el resultado, sino que le ofreció ir á informarle de palabra, y ese viaje, que sus negocios le obligaron á diferir para la siguiente semana, le fué fatal. Al recordarle su hermano mayor su promesa, partió él de casa el 26 de Noviembre, y en el camino tomó un resfriamento al que no dió importancia, pero que al llegar á la casa de mi tío había tomado fuertes creces la enfermedad. Sin embargo, como no era el primer accidente de ese género que sufría, y siempre había triunfado del mal su robusta naturaleza, juzgó que en esa vez sucedería lo mismo, cuidándose á su manera, por cierto muy superficial, cuando ya la neumonía estaba en su tercer período, que para él era el de una simple fiebre algo más maligna que otras, y no cosa seria, hasta que por fin fué menester ocurrir á medios más enérgicos para contener el mal; pero desgraciadamente, era ya demasiado tarde. Mi padre tenía prohibido que se me dijera nada, «para que no me fuera yo á inquietar en vano,» y murió en brazos de mi tío el día 4 de Diciembre, apenas cinco semanas despues de haber presidido la tenida en que se me dió la iniciacion paládica.

Ese mismo día me había yo retirado muy temprano á mi recámara, melancólica, contra mi natural carácter, sin saber por qué, presa de un indefinible tédio, contra el cual quise valerme por medio de la lectura ántes de acostarme, pero inútilmente, porque no podía yo leer una sola línea.

Entonces, viendo que el sueño tampoco descendía á mis párpados, apagué mi lámpara y, excitada á la par que triste, me tiré en una butaca sin saber qué partido tomar para encontrar la tranquilidad perdida. Refugiéme en la sombra para hallar la paz del alma....!

Así las cosas, repentinamente se iluminó mi recámara con una luz brillante y blanca, más intensa que cuanto es fácil imaginar. Yo no podía creer lo que veía, por ser aquella la primera vez que presenciaba un fenómeno de esa naturaleza, cuando hé aquí que al cabo de unos instantes, ví de pie en el centro de aquella luz al jóven que dos ocasiones me salvara ántes la vida. Ningun error había esta vez en la aparición. Nada tenía de humano el brillo que despedía su rostro, y como, además, entonces ya estaba yo perfectamente instruída, pude comprender que mi salvador era un espíritu del fuego!....

—¡Oh! exclamé al verle. ¡Con cuánta razón venís á mí.... Sufría yo un desfallecimiento, pasaba por uno de esos dolores morales más intolerables: el pesar sin causa.... ¡Gracias á vos que venís, porque sois un ángel de luz, lo estoy viendo!.... Nuestro Señor Lucifer es quien os envía; ¿no es verdad?

E iba yo á arrojarme á sus pies.

Pero me contuvo él con un gesto, y con acento dulce me contestó:

—Sí, querida miss, vengo á vos enviado por el Dios Bueno; pero traigo una misión triste que

desempeñar.... Tengo que consolaros y que decir os que os deis ánimo.....

Al oír estas palabras, dí un salto.

—¿Alguna desgracia que aconteció á mi padre?..... repuse, pudiendo respirar apénas.

Entonces me tomó de la mano, y señalándome la ventana con el dedo, añadió:

—¡Ved!.... Diana, ¡ved!.....

Lo que ví fué horrible. ¡Oh! Cómo comprendo ahora cuánta y cuán inmensa es la malicia del Demonio!.....

Léjos, léjos, muy léjos, pero como pintado en una tela con notable claridad, con vivísimos colores, con rasgos llenos de vigor, ví á mi padre tendido en su lecho y agonizante, luchando con un horrible monstruo que encima de sí tenía, suspendido en el espacio y batiendo sus dos negras y pesadas alas, con una especie de arpon de torcidas puntas y hundiéndole aquel monstruo en el pecho el instrumento de muerte.

—¿Veis al asesino de vuestro padre, pobre y querida niña? me preguntó el espíritu de fuego pausadamente y como si hubiera querido en cierta manera destilar el dolor y el odio en mi corazón..... —¡Vuestro padre se muere..... (prosiguió) y el que le está matando es Miguel.

—¡Ah! exclamé. ¡Esto es odioso, es espantoso!..... ¡Maldito sea Miguel!.....

—Vuestro tío está ahí, junto á vuestro padre, deshaciéndose de dolor.... El médico dirá que vuestro padre murió de enfermedad..... Mas la

enfermedad es el arma invisible que usan los maleakhs contra la humanidad. Lo que estais viendo es lo que en realidad sucede. . . . Diana, os denunció al asesino de vuestro padre, para que sepais á quién teneis que maldecir.

Segun la leyenda apádnica en que estaba yo tan empapada, todavía ejerce el Dios Malo su poder sobre dos mundos. Tellus (la Tierra) y Oolis. Allí los maleakhs semejan en la cabeza á los ángeles de luz, sobre todo al ejercer su maléfico poder contra los hombres. El luciferiano no se ocupa en reprochar á sus espíritus amados por no defenderle con la eficacia necesaria, y se contenta con maldecir á Adouai y á sus malos ángeles y con imputarle todas las miserias todas las calamidades.

El espectáculo que tenía yo á la vista lacerábame el corazon.

—Despues de mi madre, murmuré con tristeza mezclada de ira, ¡me matan á mi padre! . . . ¡Mi madre, que era tan buena! . . . ¡Ah! ¡cuán larga y dolorosa fué su enfermedad! . . . ¡Mi padre, á quien amaba yo tanto! . . . Esto es excesivo.

— Tambien Miguel fué el que llevó al sepulcro á vuestra madre, infortunada Diana. El es quien os arrebató á los que más amais en lugar de dejarlos que lleguen á una ancianidad feliz. . . . ¡Mirad! mirad!

Y me mostraba con el dedo el lejano cuadro, siempre animado, hasta que por fin ví á á mi padre lanzar el último suspiro.

Entónces vi tambien que el monstruo sacó su arpon del pecho del cadáver y emprendió el vuelo por el espacio, haciendo mil contorsiones con aire de siniestra burla.

¡Oh! imposible es que estampe yo en este lugar las blasfemias con que mi dolor, odiosamente engañado, insultó en aquella vez al Dios de los cristianos. ¡Compadézcaseme! Hundida estaba en la desesperacion y en el error más deplorable. . . .

Y cuánto no sentí que se redoblaba mi odio, cuando al amanecer me llevó el telégrafo la noticia de mi desamparo . . .

Antes de desaparecer el espíritu de fuego, me dijo:

Ahora, querida Diana, ya puedo haceros saber mi nombre. Soy Asmodeo. Al menor peligro en que os veais, invocadme, invocadme, que en el acto me tendreis á vuestro lado para defenderos.

Tan abrumada estaba, que ni alientos tuve para cortestarle.

Había yo quedado, pues, completamente huérfana y en poder de los demonios. Mis creencias se habían venido á falsear con una educacion en que, desde mis más tiernos años había yo recibido de unos padres tiernamente amados y engañados tambien ellos, una enseñanza diametralmente opuesta á la verdad.